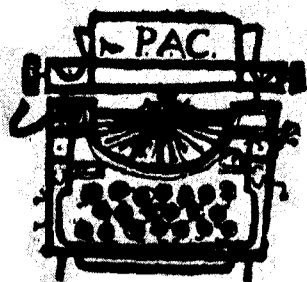


escrito a máquina



PIDO LA PALABRA

La conversación fue decayendo cuando llegamos a ponernos de acuerdo. Se los hice notar.

—Uno siente la frustración por anticipado—, dijo mi amigo A.

—En Nicaragua nunca se realiza lo que se piensa—, agregó mi amigo B.

—¿Cuántas personas le habrán dicho que están de acuerdo con su último artículo? ¿En qué se traduce ese "acuerdo"? ¿De qué sirve? ¿Qué valor real tiene aquí la opinión?—, dijo acaloradamente mi amigo C.

—Yo más bien me preguntaría ¿qué valor tiene la palabra?

—No significa nada! —exclamó C.

—Algo peor —dije yo—, significa lo contrario de lo que expresa.

Nuestra crisis política y moral ha profundizado tanto que ha llegado hasta la palabra, y cuando la palabra no significa nada en la vida de un pueblo, significa que ese pueblo ha pasado a ser in-significante. Fuera de la huelga de los obreros contra la jornada de 60 horas, huelga en que los trabajadores tuvieron que luchar unidos y hambrientos durante veintitantos días para darle significación a sus palabras, ¿qué palabras tienen significación actualmente en Nicaragua? Si nada tiene significación, quiere decir que somos insignificantes....

—Hasta internacionalmente —dijo B. con la voz dolorosa—. La frase de Kevin Phillips sobre Nicaragua en el escándalo de Watergate es un fierro al rojo en el anca de cada nicaragüense. Nos tienen por unos semi-esclavos sin dignidad.

—Pero esa frase no fue dicha para herir, sino como un lugar común, —comenté yo. Y por eso es más hiriente. Nicaragua (su pueblo, su soberanía, su dignidad nacional) la hemos rebajado tanto y ha pasado a ser tan insignificante, que su insignificancia ya se hizo refrán en el exterior. Creo que sólo Haití y Biafra han compartido con nosotros ese bochornoso honor.

—Nos tienen por una factoría! —exclamó indignado C.

—No nos tienen, aclaré yo: —Damos esa imagen. Eso significamos. Las palabras tienen su valor y nosotros hemos permitido que el pueblo, la palabra del pueblo, no signifique nada. ¿Cómo?

—Eso me pregunto yo! Cómo?! —dijo B.

—Aceptando que las palabras falsas recubran las realidades verdaderas. ¡Dígame usted una palabra en uso político, social o económico, y examínela para ver qué realidad significa! Tome usted la palabra **CONSTITUYENTE**: "suprema asamblea de representantes del pueblo revestida de todos los poderes para cambiar la constitución de..." ¿Por qué sonríe? Su sonrisa ¿no es un complejo de culpa? ¡Usted sabe que esa palabra no dice SU verdad! Pero tome una más sencilla: La palabra **RECONSTRUCCION**, y añadále si quiere la palabra **ESPERANZA** para darle un tono más rosado. Tenemos seis meses del terremoto y la palabra sólo encuentra obstáculos, prohibiciones, indecisiones...

—Indecisiones, no —me cortó C.— Negocios muy bien planeados...!

—El mundo usó la palabra **AYUDA** con su obvio sentido de ayuda —intervino B. con ironía—. ¿Cómo la usamos nosotros?

—Y ahora viene la **CEDULACION** y la **ELECCION LIBRE** —agregó A.

—Hay un dicho de nuestro pueblo, dijo B.— "El papel aguanta".

—Lo que es falso —afirmé yo—. Quien aguanta la contradicción de las palabras es el pueblo. Somos nosotros. Toda palabra que se pudre, cae sobre nosotros y nos pudre. Nosotros la pagamos. Fíjese en esto: Costa Rica es un país pequeño como nosotros y mal pagador en su crédito internacional; sin embargo en un paisecito respetado. No son los números lo que imponen respeto sino las palabras.

—Nosotros somos mentirosos! —exclamó C.

—Somos la mentira, es decir, lo que no se cree, lo que no tiene crédito. Y la mentira no sólo la hace el Gobierno. No solo la hace el Dictador.

La mentira la hacen todas las honestas, serias, intachables, bien vestidas y bien tituladas "fuerzas vivas" (alguien les llamó "debilidades muertas") que se encargan de acreditar las falsas palabras para mantener una situación de privilegio y recubrir con ellas sus intereses, negocios y ambiciones. No es el pueblo bajo, analfabeto, hambriento, gregario y subdesarrollado (como pensaría Mister Phillips) el culpable. Son los señores de media, alta y altísima alfabetización, los alfabetizados en Harvard, en Stanford, en West Point, en las UCAS y las UNANES de América, son los "desarrollados" quienes succionan a las palabras toda su realidad; los que las hablan, como diría McLuhan, no con la lengua sino con los dientes, con la agresiva sed de dominio que ya había vaticinado el novelista inglés George Orwell en su famosa "1984", cuando habla del lenguaje como instrumento de dominio político.

—¿Cómo lo concebía Orwell?, me preguntó A.

—Orwell en su novela, como usted sabe, imagina un gran país de Oceanía, símbolo del mundo en 1984, con un estado de totalitarismo absoluto gobernado por el Partido y su Jefe —el Gran Hermano— mediante el control del pensamiento y por la mentira sistemática. Para llegar a ese dominio e imponer deliberadamente la mentira, el Estado persigue a la "Viejalengua" para imponer la "Nuevalengua", pero la "nueva-lengua" no tiene otra novedad que el "doblepensamiento", que es el poder retener y aceptar dos significados contradictorios simultáneamente. El partidario bueno y leal debe ser lavado del cerebro hasta que acepte que, por ejemplo, "Yo soy saqueado por la autoridad" significa "Yo soy protegido por la autoridad". O bien, otro ejemplo, que el grupo "privado de iniciativa" se llama "Iniciativa privada". De esta manera, el partidario acaba pensando lo contrario de lo que dice y ya no puede designar el mal —si llega a sufrirlo o a sentirlo— porque no hay palabras para designarlo. No se erradica el mal, se erradican las palabras que lo designan.

—¡Perfecto! —exclamó C.— ¡Así acaba toda oposición!

—Toda oposición acaba siempre cuando se aceptan como verdaderas las falsas palabras

—Como aquí.

—Pero al aceptar que las palabras pierdan su significación, repito, nos volvemos insignificantes. El señor Phillips cometió la poco agradable imprudencia de recordárnoslo.

PABLO ANTONIO CUADRA